

En donde pasé mi infancía,
 En donde la dicha hiciera
 Volar mis horas tan rápidas!
 Yo te dejé con tristeza,
 Pu eblo mío, dulce patria,
 Y al dirigirte mi última
 Melancólica mirada,
 Apenas tu santa iglesia
 Via al través de la *una lágrima*.

Aunque me seas pérdida,
 Dulce ilusión de mi alma,
 María, mi ángel divino,
 Mi único bien, mi esperanza,
 Aunque otro tu amante sea
 Y yo sufra pena amarga,
 Al acordarme del tiempo
 En que «yo te amo» exclamabas,
 Me estremezco de tristeza
 y de amor vierto *una lágrima*.

Hoy que á otro hombre te unen
 Lazos que nadie desata,
 Yo al Cielo, por tu ventura,
 alzo ferviente plegaria,
 Yo te perdono, María,
 El dolor que me desgarró,
 Y que tú... primero amante,
 Causaste después jirgata,
 Yo te perdono y te envío
 Mi perdón con *una lágrima*.

Cuando mi alma aléc su vuelo
 A la mansión de las almas,
 Y el cuerpo también al polvo
 Vuelva la prenda prestada,
 Si pasais acaso cerca
 De mi tumba funeraria,
 Sobre las frías cenizas
 Que guarde la muerte airada,
 Depositad apiadados
 El rocío de *una lágrima*.

Pero que entonces mi tumba
 No Brille en mármol labrada;
 No quiero rico mausóleo
 Que la vanidad levanta,
 En el lugar de la muerte
 Donde el orgullo no acaba;
 No quiero emblemas mentidos,

No quiero gloria liviana,
 Yo para entonces al mundo
 Tan sólo pido *una lágrima*.

A. CHAPUL NAVARRO.

LA REALIDAD Y EL DELIRIO

Con este título acaba de estrenarse en Madrid un drama de Echegaray, que como todos los suyos, ha obtenido un éxito ruidoso.

En esta obra, no hay sorpresas, no hay invenciones escénicas. Hay una sobriedad en los hechos que permite ver las siluetas de los caracteres, destacándose enérgicamente entre la lluvia de fuego de una prosa inspiradísima. Hay, además, y este es el mejor mérito del drama, una profunda novedad en ideas y personajes, lo horriblemente trágico —la locura— al Jado de lo altamente cómico —la estupidez— el amor y el odio, la infamia y la inocencia, un hombre enamorado que pierde la razón y una mujer amante que pierde la honra.

Hé aquí su argumento.

Gonzalo y Angela, recién casados, se adoran, y Enrique, apasionado de ésta pretende su posesión con ruegos y por infames procedimientos. Alienta el traidor los celos de Angela; hace saber á ésta que Gonzalo, que ha fingido un viaje, va á ver á Julia, que es su querida. Ofrécese á Angela para acompañarla á una casa, desde la que podrá ver cómo Gonzalo entra en la de su amante. Incauta y ciega por los celos, consiente Angela en aceptar esta proposición. En efecto, acompañada de Enrique, va á una casa desde cuya ventana ve entrar á Gonzalo en casa de Julia.

La pobre mujer se desmaya y el infama Enrique abusa del estado de la que sin vida ni aliento no puede defenderse. Al volver en sí Angela se ve